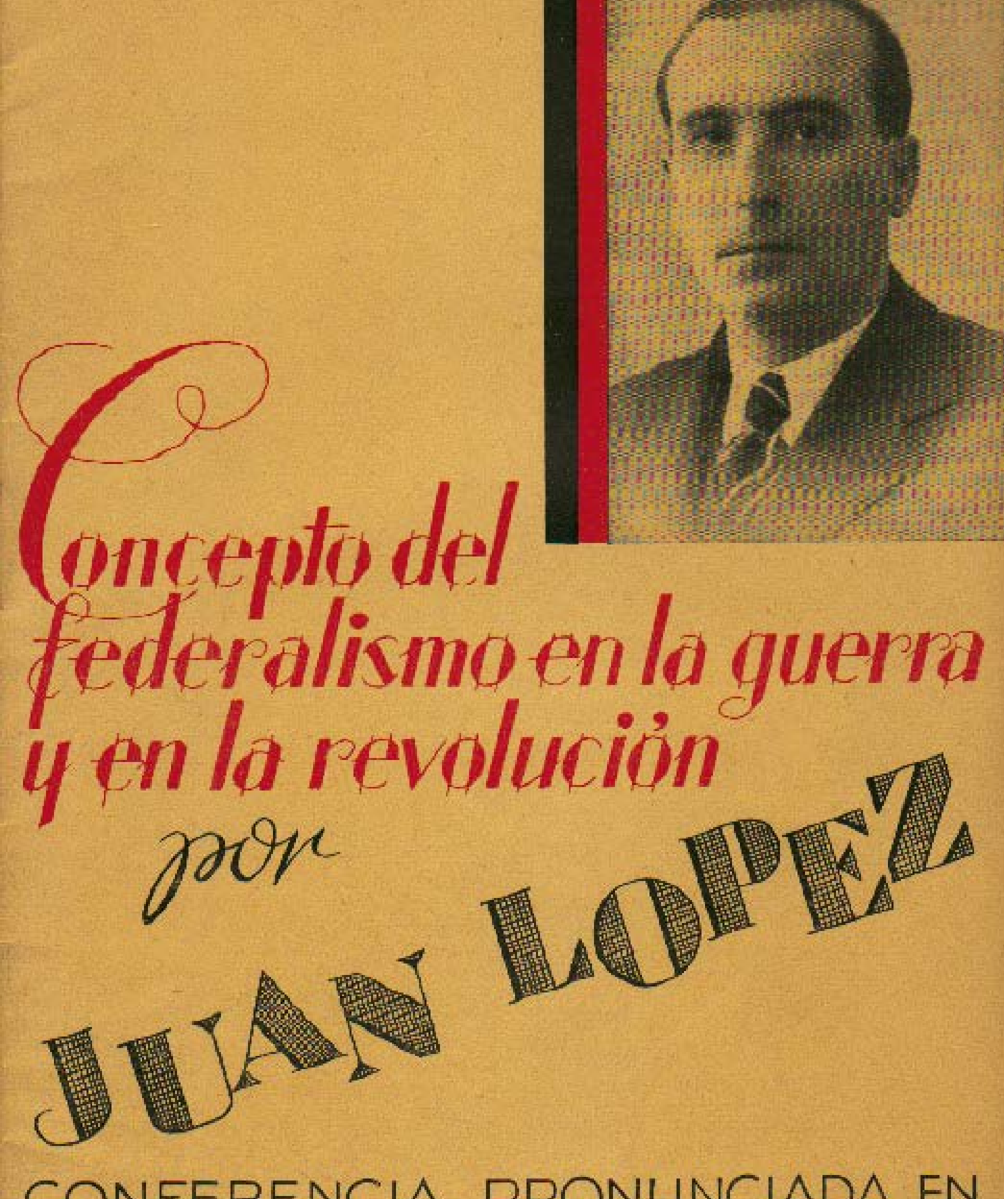


Concepto del federalismo en la guerra y en la revolución

por

JUAN LOPEZ

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CINE COLISEUM DE BARCELONA, EL DIA 7 DE FEBRERO DE 1937.

OFICINAS DE PROPAGANDA
CNT FAI

Concepto del federalismo en la guerra y en la Revolución

Tal como estaba anunciado, el domingo, día 7 de febrero, a las once de la mañana, en el cine Coliseum, nuestro compañero Juan López, disertó sobre el tema "Concepto del federalismo en la guerra y en la Revolución", sexta de las conferencias del ciclo que, con tanto acierto como éxito, han organizado las Oficinas de Propaganda de la C. N. T. - F. A. I.

Juan López, por la fuerza de las circunstancias, ministro de Comercio, tiene una personalidad definida en los medios confederales, que nos releva de toda presentación.

A escucharle acudió un público tan numeroso como de costumbre, que llenaba por completo el espacioso local del cine Coliseum. Para cuantos no pudieron entrar se instaló el correspondiente servicio de altavoces, y la conferencia fué, además, retransmitida por las emisoras Radio Barcelona y E. C. N. 1 Radio C. N. T. - F. A. I. a toda España.

La disertación de nuestro camarada fué interrumpida varias veces por los aplausos de la multitud que sigue con interés y entusiasmo la labor de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Federación Anarquista Ibérica y al final tributó una cerrada ovación a nuestro destacado militante, escuchando de pie los himnos revolucionarios "Hijos del Pueblo" y "A las Barricadas", con que concluyó el acto.

El secretario de las Oficinas de Propaganda, Jacinto Toryho, precedió al conferenciante con las siguientes palabras:

"Continuando el ciclo de conferencias iniciado por las Oficinas de Propaganda de la C. N. T. - F. A. I., de Barcelona, va a ocupar hoy nuestra tribuna el camarada Juan López, que, en nombre de la C. N. T., desempeña el cargo de ministro de Comercio de la República española. Va a disertar sobre uno de nuestras temas predilectos: el concepto de federalismo, y digo predilecto, porque si hay alguna organización, si hay alguna fracción de proletariado que en la Península Ibérica practique el federalismo, esa es la nuestra; es la organización que no se ha cansado de practicar el federalismo. Nuestra C. N. T. y nuestra F. A. I. son las organizaciones federalistas por excelencia, impregnadas de este sentido, saturadas de este concepto básico fundamental, sobre el que va a disertar nuestro compañero. Esperamos que todos los presentes y ausentes que, a través de las ondas están escuchando, quedarán complacidos de su disertación."

HABLA EL CAMARADA LOPEZ

Compañeros de Barcelona y camaradas de toda España:

Los compañeros encargados de la organización de estas conferencias tuvieron a bien incluirme como militante de la C. N. T. entre los que habían de desfilar por esta tribuna. La elección del tema del que yo voy a tratar en esta charla, es elegido por mi mismo. No ha sido la Comisión organizadora la que me ha pedido que yo hablara sobre el concepto del federalismo en la guerra y en la Revolución. He sido yo mismo, y por una razón: porque a juicio mío, y en este juicio hay absoluta responsabilidad de lo que digo, puesto que dejo un poco al margen el propio criterio de la Organización, en estos instantes en España se está especulando, con perjuicio, naturalmente, para los intereses de la Revolución española, con esta concepción del federalismo. Con esta concepción de la vida organizada con arreglo a un máximo de libertad e independencia de los hombres.

No quieren decir estas palabras, ni muchísimo menos, que lo que yo vaya a decir aquí hoy respecto a federalismo sea o no sea compartido por la Organización. No quiere decir que las palabras que yo pronuncie hoy aquí, y en Barcelona precisamente, sobre federalismo, estén compartidas absolutamente por la Organización confederal. Yo quiero confesaros a todos que si he sentido la necesidad de hablar sobre este tema, es por el cargo que estoy actualmente ocupando, desde el cual se ven con más claridad las especulaciones sobre federalismo de que os hablaba al principio.

LA C. N. T., CONTRA LOS CENTRALISMOS ABSORBENTES

Ya ha dicho el camarada Jacinto Toryho lo suficiente para que sea conocido por todos, para que no sea discutido por nadie, lo que representa la C. N. T. en el movimiento obrero español y en la Revolución española acerca del federalismo. No le cedemos a nadie ventajas en mantener y en defender posiciones de federalismo; no le cedemos ventajas a nadie. La C. N. T. puede afirmar hoy, porque está avalado por todos los actos de su historia, que si ha habido una fuerza social activa en España que haya luchado contra los centralismos absorbentes de Madrid, que haya luchado prácticamente contra los centralismos tiránicos de la Monarquía española, contra los feudalismos centralistas de los caciques de la política española, contra todo lo que ha sido atentatorio a la libertad del pueblo de España, esa fuerza ha sido la C. N. T.

Algunas organizaciones que presumen de federalistas y de defender la independencia de los pueblos, no han hecho nada más que aprovecharse de las conquistas prácticas y reales hechas por la C. N. T. para favorecer la política, que hoy ya no tiene nada absolutamente de federalista. Hablar del federalismo hoy, a juicio mío, no es hablar de las dimensiones de libertad política y económica que definitivamente vayan a tener los pueblos y las regiones de España.

Hablar de federalismo hoy, a juicio mío, es calibrar con exactitud, precisamente todo lo contrario. No valorar las dimensiones de la libertad, sino valorar las restricciones que hay que hacer en todos los pueblos y regiones para salir a flote y ganar definitivamente la guerra, que no es ni más ni menos que la avanzadilla de la Revolución. En ese sentido voy a inspirar yo todas las palabras de esta conferencia.

LA PUGNA DE LA C. N. T. CON LAS ORGANIZACIONES POLITICAS

Conviene, en primer término, que puntualicemos una cuestión importantísima, porque alrededor de esa cuestión está dividida la opinión de unos y otros federalistas.

Es acerca de las tendencias naturales que tiene la Revolución española, y por tanto la guerra. Hay en la historia de los últimos seis años de la vida política de España una lucha a fondo para administrar, para orientar las conquistas revolucionarias de la clase trabajadora española. Hay una lucha a fondo en el curso de seis años de nuestra historia política, que es el período más activo de la Revolución española, entre los partidos de la pequeña burguesía y partidos de clase, contra una tendencia, una fuerza social revolucionaria representada por nosotros y cuya pugna, naturalmente, como todas las pugnas, tiende a determinar unas conclusiones en la Revolución española. No quiero referirme ahora, porque no es necesario referirse a ello, al esfuerzo realizado desde el 14 de abril del año 1931 hasta el momento en que capituló, en que fracasó estrepitosamente, con el progreso de las fuerzas reales de la Revolución española, toda la política administrada por estos partidos. No quiero referirme a ese pasado ni tampoco me referiría al presente; tampoco hablaría del presente si no nos viéramos envueltos en las mallas de una maniobra de fondo dirigida, con la cautela y la habilidad que imponen, no que aconsejan, que imponen las actuales circunstancias, por aquellos mismos que fueron artífices del fracaso de una política en los dos primeros años de vida de la República española. Yo no hablaría ahora de este problema, lo repito, si no estuviera latente esta maniobra, que es continuación de aquella pugna esencial entre las dos fuerzas fundamentales que se disputan la hegemonía: la C. N. T. con todas sus fuerzas libertarias, y las organizaciones políticas que defienden una concepción estatal de la Revolución.

LAS MILICIAS NO SE BATEN POR LA REPUBLICA DEMOCRATICA

Quiero referirme a este punto concreto, para repetir lo que tantas veces hemos repetido nosotros en el curso de estos seis meses de esfuerzos titánicos, realizados por la clase trabajadora española, para sacar a flote las conquistas de la Revolución. Desde los primeros días de la sublevación militar hasta hoy, ha variado el ritmo; se han dicho las cosas más o menos directamente, pero desde el primer día de la sublevación militar, estamos asistiendo a un concierto, a una molesta sinfonía que consiste en afirmarnos constante y reiteradamente: "el pueblo español se está batiendo por la República democrática; las milicias, en el frente, están batiéndose por la República democrática; los trabajadores, en la retaguardia, están luchando por la República democrática. No hay que hablar de la Revolución, no estamos viviendo el momento de la Revolución; estamos en la guerra y no hay que tener más preocupación que ganar la guerra". En esta sinfonía está expresada la tendencia de esa política, frente a la cual, nosotros, en abril del 31, en noviembre del 33, el 16 de febrero y el 19 de julio, estamos resueltos a afirmar que constituye el fracaso constante del esfuerzo de la política española. (Aplausos.)

Repetimos, pues, lo que tantas veces hemos afirmado: el pueblo español, las milicias convertidas en un formidable ejército, no se están batiendo por la República democrática, no se ha derramado ni se derrama la sangre por la República democrática. La República democrática

de que tanto se habla, es una Constitución de papel. Es una Constitución de papel que no ha sido realizable, que no ha sido viable en la vida de España y no ha sido viable en la vida de España, porque esa Constitución de papel no expresaba la Constitución real de España, porque esa Constitución de papel no expresaba la potencia creadora de la Revolución española, que son las que han dado fisonomía y dan contenido de realidad a la verdadera Constitución de España.

TODOS LOS ESFUERZOS TIENDEN A DEFENDER LA REVOLUCION SOCIAL

Creeréis vosotros que esta afirmación categórica relacionada con la concepción política de los defensores de la Constitución de papel, no tiene nada que ver con el tema. Yo he de aclararos que sí que tiene que ver con el tema. Tiene que ver con el tema, porque ha llegado la hora de que liquidemos definitivamente una polémica que no puede tener ningún resultado práctico ni para la Revolución ni para la guerra.

Es necesario, absolutamente necesario, que nos pongamos de acuerdo, no sólo sobre lo que se ha escrito en la Constitución de la República española, sino sobre lo que se ha escrito en la verdadera Constitución española; en la historia de la Constitución española que es la que ha de guiarnos a nosotros e inspirarnos para afirmar ésta o la otra Constitución. Y hemos de ponernos de acuerdo para afirmar y pregonar en todos los sentidos que los actuales momentos que vive el pueblo español no expresan el esfuerzo para defender o para mantener las prerrogativas de una República democrática, y que, por el contrario, los esfuerzos hechos por el pueblo español, los sacrificios realizados por las fuerzas milicianas que están batiéndose en el frente, los esfuerzos volcados en la tarea de construir y de afianzar las fuerzas económicas en la retaguardia, se hacen para defender la Revolución española, para defender sólo y exclusivmente la Revolución española, que no es la República democrática, que no es el Comunismo libertario, que nadie puede saber en estos momentos cuáles van a ser sus resultados económicos y morales, pero que es una Revolución que estamos obligados a defender todos, para mantener y defender la libertad del pueblo español. (Grandes aplausos.)

En cuanto nos pongamos de acuerdo acerca de este punto tan importante y tan vital para el interés común de todos los españoles, entonces aparecerá una imposición de esta realidad. ¿Cuál es? Desde el punto de vista político y desde el punto de vista de la realidad, esa concepción de la República democrática no tiene absolutamente ninguna base, no tiene dónde sostenerse, no tiene organización económica que la represente, no tiene fuerzas coercitivas ni armadas que puedan estar a su servicio. Desde el punto de vista de la realidad, de la realidad tal como hay que verla en estos momentos, no se puede decir que esa concepcion republicanodemocrática, tenga una base en los elementos económicos, políticos y militares de hoy, y una fisonomía propia. La realidad española, cuando quiere verse descarnada, con los ojos de la verdad, es un montón de ruinas donde se amontonan todos los cachivaches de la vieja España que murió el 19 de julio. Por una parte, se amontonan los escombros de la vieja sociedad y la vieja organización del capitalismo. Hay un esfuerzo realizado por las fuerzas proletarias y antifascistas españolas, que es el esfuerzo que acusa una línea concreta y práctica de la Revolución española.

ESTAMOS EN LA PRIMERA FASE DE LA REVOLUCION

En estos seis meses de guerra, la clase trabajadora, la fuerza popular de España, confundida muchas veces con la pequeña burguesía y los partidos republicanos, han hecho una obra de expropiación, de incautación de todos los órganos de la Economía y la vieja organización militar española, y los han acoplado a un plan de organización. El pueblo español, no sólo en Cataluña, sino en todos los pueblos de España, ha intentado llevar a la práctica aquellas ideas que eran la expresión de los anhelos populares y revolucionarios de cada pueblo. Pero esto, como puede apreciarse, como puede constatarse, no es nada más que la primera fase de una Revolución, la primera fase de una Revolución en la que se asiste a la desaparición de las viejas formas y al nacimiento de las nuevas formas de vida. Es el primer paso de la Revolución que va siempre seguida de un magnífico desorden, el desorden que hace imposible el resurgimiento de la vieja sociedad. Pero los artífices de una Revolución tienen que pasar fugazmente sobre esta primera fase que expresa el proceso de una Revolución y proceder a articular férreamente los nuevos órganos que han de regir la vida y que han de ser garantía y afianzamiento de las conquistas revolucionarias. A nosotros, a la C. N. T., se nos había acusado siempre, por parte de las organizaciones políticas, de que no teníamos un plan, de que no teníamos un programa, de que no sabíamos adónde se dirigían nuestras concepciones revolucionarias, de que estábamos desposeídos de la realidad. Y ha resultado, paradoja inexplicable, quizá, para nuestros adversarios políticos, ha resultado la paradoja de que en estos seis meses de guerra y de Revolución, los planes, el programa, las rutas seguras marcadas por esos partidos adversarios nuestros, brillan por su ausencia, y en cambio, la Organización que no tenía planes, ni programas, ni sabía adónde iba, la C. N. T., desde los primeros días de la Revolución —porque no quiero referirme a si tenía o no planes para la estructuración de una sociedad de mañana—, desde el primer día de la Revolución, la C. N. T. dando un ejemplo de capacidad creadora y visión real de la vida política y económica de España, presentó unos planes, expuso un programa, señaló una ruta segura por donde habían de discurrir todas las fuerzas antifascistas, que es el de la derrota del fascismo.

¡Ah! Pero como estábamos defendiendo la República democrática, como estábamos ocupados en ganar la guerra, como todos nuestros esfuerzos se disciplinaban a ganar la guerra, los planes de la C. N. T. no fueron recogidos y estudiados para dar una contestación categórica y decir: "Estamos de acuerdo con la línea general, pero no estamos de acuerdo con tal o cual punto", y a esto yo voy a deciros, con toda la crudeza que es necesario decirlo en estos momentos, que no se han recogido los planes de la C. N. T., porque no recogerlos era mantener una situación de río revuelto, y porque manteniendo una situación de río revuelto, las conquistas de la Revolución no las administrará la clase trabajadora a través de sus órganos propios, los Sindicatos.

Las conquistas de la Revolución, si se mantienen en río revuelto, las aprovecharán los pescadores de ocasión de la política que se aprovechan del pueblo para convertirlas en creaciones propias. (Grandes aplausos.)

PRETENDEN ADMINISTRAR LOS POLITICOS LAS CONQUISTAS REVOLUCIONARIAS DE LOS TRABAJADORES

No se hace a la causa antifascista más que bien, señalando estas defecciones de los responsables de la dirección de los partidos políticos

de España, porque ahora a nosotros no nos interesa, no nos tiene preocupados todo el tejido de maniobras que puedan hacerse en este sentido. La C. N. T. es una fuerza segura, no le preocupan las embestidas que se le puedan hacer por parte de los partidos políticos de España; es una fuerza segura, afianzada en la Historia constantemente, que no ha podido destruir nadie, porque es una fuerza natural. Pero es que vamos a referirnos al interés de ganar la guerra y que sea viable la victoria y la consolidación de ella en las conquistas revolucionarias de la clase trabajadora. Y prescindiendo de los resultados que pueda tener una contienda de tipo político, entablada entre las fuerzas de la C. N. T. y las fuerzas de los partidos, yo he de deciros que ya no es esto lo que nos interesa para salirles al paso y defender la necesidad de que se estudie un plan y se llegue a una conclusión coordinadora de las actitudes políticas, económicas y militares del movimiento antifascista español.

HAY QUE ARTICULAR EL ACTUAL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

Si no son los planes de la C. N. T., que sean otros, pero que vengan inmediatamente... porque esta situación que entraña un pensamiento revolucionario que hay que articular, esta apariencia de río revuelto, examinada en todas sus partes y considerando la vida en cada pueblo y región de España, acusa una falta de conexión, articulación y una falta de coordinación de todos los elementos puestos en juego en esta lucha que puede ser, si no se ordena, la causa de nuestra derrota, la causa de nuestro fracaso, la causa de que no triunfen plenamente las conquistas revolucionarias del pueblo español. Porque siendo inmenso el caudal de energía que el pueblo tiene para enfrentarlo contra la sublevación militar; siendo inmensas estas energías y estos recursos naturales, ellos se agotarían, a la larga, frente a un enemigo que se disciplina y se organiza férreamente y utiliza todas sus energías obteniendo un máximo de rendimiento con el mínimo de esfuerzo. Es absolutamente necesario que se coordine, que se articule, que se construya, aprovechando los materiales suministrados por la Revolución española, que se construya inmediatamente una base de acción en la que esté descontada para siempre la polémica y descanse en las propias fuerzas que han de llevar adelante la Revolución española. Esto es lo práctico, esto es lo aconsejable y no el propagar en la Prensa y en las tribunas una cosa, afirmando constantemente propósitos de unidad y no disponiéndose nunca a llegar a esa unidad. Yo he podido observar durante estos seis meses, que en aquellas regiones donde su historia acusa la presencia de un espíritu federalista y de unas fuerzas sociales al servicio de este espíritu federalista, yo he podido observar una tendencia peligrosísima para la causa que todos defendemos.

SE TIENDE A UNA ORGANIZACION DE ESPIRITU BURGUES

Esta tendencia, yo lo voy a decir con entera claridad; esta tendencia se está desarrollando subterráneamente, a fin de salirse con sus objetivos, burlando la vigilancia de unas organizaciones que pueden ser engañadas, llevándolas a la práctica de una política que pretende ser federalista; pero que no tiene nada de federalista. Yo he podido observar, repito, concretamente —no son ideas abstractas, ni infundios recogidos en la calle, sino hechos de una realidad aplastante—, yo he

podido observar cómo apoyándose en las corrientes naturales de una fuerza revolucionaria que defiende y tiende a organizar los pueblos de España sobre una base federal; apoyándose en la fuerza de la clase trabajadora, se quiere llevar la vida de estas regiones no hacia una organización de pueblos libres y federados en España, sino a una organización de espíritu fascista y burgués, que acusa todos los instintos del viejo nacionalismo, del pequeño nacionalismo; de los nacionalismos que han muerto en cuanto la clase trabajadora se ha levantado para destruir todas las fronteras. (Grandes aplausos.)

LOS DOS CONCEPTOS DEL FEDERALISMO

Y de aquí el fundamento de esta charla. Hay dos concepciones del federalismo. En la guerra, en la Revolución y antes de la guerra y de la Revolución. Hay dos conceptos de federalismo y es muy posible que uno de ellos acaso esté ausente como concepción real de federalismo, que no sea tal concepción, y sea un fantasma que aparece en nuestra historia para resucitar un pasado que es imposible resucitar; pero yo digo que hay dos conceptos del federalismo con todos sus aspectos. Uno del capitalismo y otro proletario, representado por el movimiento obrero, y en la historia del movimiento obrero, representado por la C. N. T. La concepción del federalismo exacerbada en los últimos seis años de la vida política del federalismo burgués que mantiene la integridad de la unidad nacional. La tendencia a que yo me refiero, cuya tendencia es la que actúa, la que se desarrolla intensamente apoyándose en las organizaciones revolucionarias para abrirse paso a una concepción nacionalista, es una concepción del nacionalismo que tiende a crearse una personalidad propia, en lo económico, en lo político y en lo militar, desligándose de los demás cuerpos.

No es el momento de señalar casos concretos, pero yo, que estoy colocado en un lugar desde donde pueden observarse con más claridad estas cosas, os afirmo con toda responsabilidad que existen actos concretos de gravedad, que acusan esta tendencia, apoyándose en nuestras propias organizaciones. Y hay que reaccionar violentamente contra esta concepción del federalismo extremado a una posición nacionalista. Si estuviéramos en un régimen de normalidad, estaríamos contra esta tendencia. Cuando mañana se discutan las bases de la organización de la nueva España, nosotros estaremos contra esta tendencia nacionalista; pero si teórica y prácticamente en el futuro y en el pasado estamos contra esta tendencia nacionalista, en el presente nuestra posición no tiene que ser solamente teórica; nuestra posición frente al nacionalismo tiene que ser resueltamente agresiva y activa para aplastar y destruir los gérmenes del nacionalismo. (Aplausos.)

¡Ah! Aplastarlos y destruirlos, ¿por qué? Aplastarlos y destruirlos porque la exacerbación de este nacionalismo, aprovechándose de las circunstancias que vive España, sería un golpe mortal para la causa revolucionaria y un golpe mortal para la causa de la guerra. No es ya como instrumento de fuerza social que se disputa el predominio del mañana. No es ya como una organización que no está dispuesta a ceder posiciones cuando han costado tanto; en defensa del interés de todos, de las concepciones de todos, absolutamente de todos, representadas por el movimiento obrero y por el propio movimiento republicano español que no está de acuerdo con esta tendencia del nacionalismo, porque son fundamentos negativos, fundamentos contradictorios, con el espíritu liberador del pueblo tendente a destruir todas las fronteras, todos los nacionalismos. (Aplausos.)

CADA ORGANIZACION HA TRAZADO SUS PLANES

Examinar todas las fases de la actuación de un movimiento de esta naturaleza nos ocuparía demasiado tiempo. Yo sólo quiero referirme a un aspecto de esta actuación dirigido por un partido o por una fuerza política que subterráneamente, apoyándose en la acción de la masa obrera revolucionaria, tiende a abrir paso al nacionalismo. Concretamente, a un punto que es para nosotros fundamental.

Mientras se han desdeñado los planes de conjunto de la C. N. T., es indudable que cada organización se ha hecho los suyos propios, para irlos desarrollando independientemente de los demás. Yo os afirmo que la C. N. T. está por encima de esta baja política. Ella no ha hecho sus planes propios para desarrollarlos desarticuladamente de los demás. Esos planes en los otros partidos existen y se acusan con más fuerza que aquellos otros que se desarrollan en una esfera superior. Es lo siguiente: Los partidos políticos en su plan de organización y acción, tienden a ser ellos los rectores de la vida, apoderándose del Poder del Estado, manejando desde el Estado todas las articulaciones de la sociedad y su organización económica y encuadrándolas en una posición de donde resulta siempre el mando único de este Estado. Algunos ingenuos han llegado a la conclusión de que la C. N. T., por el hecho de haber entrado a formar parte del Gobierno, había hecho capitulación de sus posiciones y de sus tácticas y les cede definitivamente el paso a los partidos políticos.

LA C. N. T. NO HA CAPITULADO DE SUS POSICIONES

Con arreglo al criterio de estos ingenuos ya la acción del Sindicato va a subordinarse paulatinamente a los planes de organismos que van a dirigirse desde el Estado, cuyo Estado, naturalmente, será siempre la encarnación de las fuerzas políticas más o menos unificadas. Estos ingenuos que han creído que la C. N. T., al entrar en el Gobierno, había hecho capitulación de sus posiciones y de sus concepciones revolucionarias, tienden ahora a estatificarlo todo, tienden a desarrollar una política de legislación, una política de acción a través de los órganos propios, o sea de los partidos en cuya organización van apareciendo paulatinamente las fuerzas, y la consolidación de las fuerzas del Estado, eliminando absolutamente todo, subordinando el interés colectivo representado por los Sindicatos, por los organismos de productores, subordinándolo todo al Estado, arrebatando la personalidad de los Sindicatos, de los organismos de productores, librando una batalla a muerte contra lo que es vital de los organismos, de la clase trabajadora, de los Sindicatos. Si dieran resultado los planes concretos de organización de esa pequeña burguesía y representantes del capitalismo que se apoyan en las fuerzas de la Revolución, en cuyas fuerzas tienen un espíritu federal para guiar la vida económica a esa concepción estatal; si dan resultado estos planes, podrá decirse que nosotros hemos perdido la batalla y que la han ganado ellos, y que la han ganado, apoyándose en nuestras propias fuerzas; valiéndose de nuestros propios medios y recursos naturales. Que se lo quiten de la cabeza los ingenuos y desistan resueltamente de llevar a la práctica ningún plan de organización y acción, que pueda mermar en lo más mínimo la personalidad de los Sindicatos de la C. N. T., y no ya de los Sindicatos de la C. N. T., sino de todos los Sindicatos de España, representados por la C. N. T. y por la U. G. T. (Gran ovación.)

Hay que desistir de esos planes si no se quiere sacarnos de nuestras casillas. Afirmo rotundamente que el hecho que la C. N. T. haya

participado y partícipe en el Gobierno, no significa que se haya hecho dejación de nuestros principios y concepciones constructivas.

Que no hemos abandonado ninguna posición teórica y no solamente no hemos abandonado ninguna posición teórica, sino que estamos en condiciones de afirmar, estamos en condiciones de decirlo rotundamente, que frente a la concepción estatal, frente a la concepción que defienden los partidos políticos, haciendo una maniobra de gran envergadura contra la C. N. T., la que ha triunfado, la que ha predominado, la que ha sido garantía de nuestras conquistas y de acción enérgica contra el fascismo, ha sido nuestra concepción revolucionaria, la de los Sindicatos de la C. N. T. Precisamente es la organización que representa más fielmente el espíritu federalista, la concepción federalista de la España de hoy y de la España del mañana. Pero he aquí lo importante del federalismo relacionado con la guerra: siendo la C. N. T. una organización eminentemente federalista, nunca, en ningún momento, la C. N. T. se ha organizado, ni ha hecho, ni ha desarrollado una actuación que negara la unidad de los intereses de todos los trabajadores españoles, de todos los pueblos de España. En nuestra historia, la C. N. T. ha escrito el esfuerzo más gigantesco para defender la integridad de los intereses morales y económicos de todos los trabajadores de España, porque la C. N. T. no entiende el federalismo como sinónimo de aislamiento, como sinónimo de independencia absoluta; la C. N. T. entiende el federalismo como un sistema de convivencia social, dentro del cual todos los individuos, todas las organizaciones de productores disfrutan de un máximo de libertad, aceptado de común acuerdo con todos los componentes del pueblo y de la sociedad; pero este federalismo es eminentemente asociador y solidario. Los intereses de los individuos se solidarizan entre sí; los intereses de un pueblo entre otro, indistintamente. Y todos establecen una unidad geográfica, dentro de la cual todos disfrutan de un máximo de libertad, pero en donde existe una solidaridad absoluta, que es expresión del federalismo puro.

EL FEDERALISMO QUE NO ES PRACTICABLE EN REGIMEN DE GUERRA

¡Federalismo! Este es nuestro federalismo, pero este es el federalismo que nosotros queremos establecer en un régimen de normalidad, en un régimen en que puedan desenvolverse democráticamente todas las actividades sociales e individuales, sin peligro de que haya un rompimiento, una caída vertical de todo el cuerpo, donde hemos de convivir y coordinar nuestros intereses; pero en régimen de guerra, ese federalismo no es practicable; en régimen de guerra ese federalismo es algo ilusorio, no puede tener carta de naturaleza. Una concepción de la vida federalista que ha de desenvolverse en un régimen de normalidad, en un régimen consolidado; un federalismo que se ha de practicar en un momento como el que vive España, en el período de guerra donde todo ha sido subvertido y a donde, aun en estos momentos, no se puede hablar de que haya una igualdad y un derecho para todos, podría admitirse un régimen de igualdad federalista dentro del cual los hombres gocen sus derechos con arreglo al ejercicio de su libertad. No se puede admitir esa igualdad de derechos en un momento en que tenemos necesidad de ganar la guerra, en que tenemos necesidad de estructurarlo todo y de defendernos contra el propio enemigo que está esperando el momento de actuar en nuestra retaguardia. Todos no pueden tener los mismos derechos. Esa es una mentira que nosotros no podemos defender en estos momentos. A los que acaban de llegar a la Organización, a todas las organizaciones, los que

pertenecían a disciplinas políticas contrarias a nosotros, ¿es que vamos a permitirles que tengan una libertad, conforme a la libertad de que puedan gozar todos aquellos hombres que han de tener la confianza de las organizaciones antifascistas? Eso sería estúpido. Eso sería negativo para la guerra y para la Revolución.

En la guerra y en la Revolución, la disciplina ha de ser absoluta para todos, y quien ha de dirigirla son las organizaciones que tienen dignidad y solvencia, y dentro de estas organizaciones, los hombres que tienen su cartilla de confianza y que tienen elaborado su crédito a través de todos los sacrificios. Esto no quiere decir que haya que negar el paso a todos a la Organización; eso no quiere decir más que en un momento de esta naturaleza, todos no puedan disfrutar libremente de las ventajas de dirigir. Pero hay más.

LA ORGANIZACION MILITAR Y LA ECONOMICA

En momentos de guerra, hay dos cosas acerca de las cuales es absolutamente necesario establecer una unidad férrea, una unidad que no puede ser rota por nadie, una unidad indestructible. Para lo cual es absolutamente imprescindible una unidad férrea, y estas dos cosas son: la organización militar y económica. La organización militar, porque cualquier fallo en la máquina de guerra, cualquier resorte de la acción de guerra que no responda debidamente al plan de conjunto que es obligado llevar en una guerra, puede ser causa de un descalabro, puede ser causa de un fracaso. La organización militar tiene que ser unificada férreamente; claro que nunca rezó el federalismo para las organizaciones militares; no se ha hablado nunca de la organización del pueblo, del pueblo organizado federalmente con una desconexión de sus fuerzas militares. Todos los Estados organizados federalmente, los que han llevado el federalismo al máximo, en tiempo de guerra son los Estados más unitarios, son los Estados donde es más imposible practicar la libertad, practicar la independencia, la acción de los individuos que pueda mermar la dirección y la acción de las fuerzas vitales encargadas de defender la integridad nacional.

Quienes primero en España, durante estos seis meses, lanzaron la consigna de que era imposible llegar a la unificación de las milicias, fué la C. N. T. Nosotros, federalistas, que teníamos el 60 por 100 de las fuerzas milicianas organizadas en el frente, no quisimos aprovechar aquella disyuntiva para imponer nuestra sola dirección en la guerra y aceptamos la necesidad de unificar todas las milicias porque entendíamos que de esta forma era posible llevar los planes de la guerra y ganar victoriosamente todas las batallas al enemigo. Pero si es imposible la unificación en la organización militar, lo es más en la organización de la Economía, lo es más en la unificación de nuestras fuerzas económicas. Es sabido que las guerras no se ganan solamente habiendo una técnica militar. Es posible —yo no entiendo de cosas militares—, es posible que la técnica militar no haya progresado gran cosa en el curso de cien años. La técnica militar fué siempre la misma. La que se practica hoy, se ha practicado siempre; lo único que cambia es el tiempo; es el material con el cual se hace la guerra. No es la técnica del ataque y la defensa lo que cambia en el curso del tiempo; es la substitución de unos elementos mecánicos por otros, la superación de los medios mecánicos de guerra; pero los materiales de guerra, los elementos mecánicos de la guerra, los da siempre una buena organización económica, que da siempre una capacidad técnica fundada en una posibilidad económica; de donde

resulta que las guerras no se pueden ganar solamente haciendo la guerra y teniendo una buena dirección en los planes de conjunto de la guerra. Las guerras se ganan siempre cuando están controladas por dos grandes resortes: un resorte espiritual, que es el ideal de los combatientes, es la fe de los combatientes llevada a los campos de batalla, y después, una posibilidad material, que es la capacidad económica del pueblo que hace la guerra. Con arreglo a esta imperiosa necesidad, ténganse todos las concepciones del federalismo llevadas a la libertad del pueblo a administrarse económicamente con arreglo a su voluntad y a su criterio, pero en tiempo de guerra, yo afirmo que la libertad económica del pueblo está restringida por las necesidades propias de la guerra, por las necesidades de establecer una unidad económica necesaria para ganar la guerra. Pero, ¿cómo se unifica la Economía de España? ¿Cómo se unifica nuestra Economía? Pues nuestra Economía no es posible unificarla si todos los pueblos, si todas las regiones no se disponen a coordinar articulando en un solo organismo nacional el elemento rector de nuestra Economía. Ha llegado el momento con arreglo a esta imperiosa necesidad, de establecer la unificación de la Economía para ganar la guerra. Ha llegado el momento de que se decida políticamente por aquellos que hacen una resistencia sistemática a organizarse con arreglo al espíritu revolucionario que ha florecido en el pueblo, la Economía, y que, cesando esta resistencia, podamos impedir la acción caótica que se produce, manteniendo la separación de unos pueblos contra otros. No me refiero a Cataluña, Aragón, Levante, Andalucía, ni al Norte; me refiero absolutamente a todas las regiones de España. Es evidente que hay una falta de coordinación en la actuación de todos los pueblos de España. ¡Es evidente!

ESPAÑA ESTA SOBRADA DE RECURSOS PARA GANAR LA GUERRA

Quien contempla diariamente la lucha sorda o ruidosa de unos pueblos para apropiarse o regir una parte de la Economía, haciéndose mutuamente la competencia que, naturalmente, trasciende al exterior de España, está en la obligación de advertir a todo el mundo, para que termine con esta competencia interior, llevada también al exterior. Es absurdo creer que a España le faltan recursos económicos para ganar la guerra. España tiene suficientes recursos naturales y fuerzas económicas para resistir la campaña de guerra, por larga que sea; pero los recursos naturales se aumentan con una dirección inteligente, con una buena ordenación de esos recursos naturales. Y no resulta inteligente que por parte de todos los pueblos no se haya llegado aún a establecer una unificación en la gestión de nuestra Economía; no resulta inteligente eso al constatar que, teniendo necesidad de abastecer el pueblo de la retaguardia y el frente, teniendo necesidad de este abastecimiento y siendo imposible la importación de algunos productos del exterior, nos vayamos por diferentes conductos para que estos productos vayan a caer en las manos de la especulación internacional y tener que adquirir a precios elevadísimos el abastecimiento para la retaguardia y la vanguardia. Esta es la consecuencia de que hasta hoy cada cual ha querido regirse con arreglo a su independencia o a su libertad, alegando algunos, para mantenerse en esta posición negativa, unos principios que son caros para la C. N. T. Y yo afirmo rotundamente que en estas circunstancias, cuando es necesario utilizar y administrar todas nuestras reservas económicas, adquiriendo los productos en el exterior a buen precio y vendiendo a los precios más altos posibles los productos que exportamos, siendo absolutamente

necesario utilizar todos los medios que sean posibles para ganar la Revolución y ganar la guerra, yo afirmo que quienes se apoyan en una posición federalista para mantener esta posición que es el caos, no son federalistas, ni sienten la Revolución, ni sienten la guerra. (Gran ovación.)

NO SE PUEDE DISPONER LIBREMENTE DE HOMBRES, ARMAS Y PRODUCCION

Yo quiero decir, en síntesis, que la concepción del federalismo en estos momentos de guerra, no es practicable en cuanto la concepción del federalismo no resulte una unidad económica y social estatuída con bases fundamentales definitivas. Nosotros podríamos hablar del federalismo definiendo íntegramente la concepción de la vida social y económica del pueblo. Pero hemos dicho antes que no es posible en su integridad el federalismo de la C. N. T. ni el federalismo de ninguna tendencia política, de ninguna concepción política. El nuestro, porque llevaría a una posición extrema la vida económica y política de España, en momentos en que es imprescindible mantener la unidad con otras fuerzas que no van tan lejos, y en otro extremo la concepción que conduce al federalismo, que actúan para mantener el equilibrio de la acción antifascista, tampoco puede ser que la inmensidad de las fuerzas revolucionarias queden subordinadas a la concepción del federalismo que conduce al nacionalismo. Hay que buscar un equilibrio a la situación actual, que sea compatible con las corrientes naturales de la vida de España al federalismo, la práctica de la unidad en todos aquellos problemas, de todas aquellas fuerzas que es indispensable unificar. Podemos determinar que en el pueblo se mantenga el orden público con arreglo al criterio que el pueblo estime necesario para mantener el orden público. Podemos admitir una independencia absoluta para practicar la justicia. Podemos dar absoluta libertad a que en todos los pueblos, en las regiones, establezcan la justicia que quieran. Podemos admitir libertad de acción para todo lo que va claramente dirigido hacia el arte y la ciencia. Podemos establecer un margen de libertad para los pueblos. Pero hay cosas acerca de las cuales los pueblos no pueden disponer con arreglo a su voluntad, y las cosas de que actualmente el pueblo de España no puede disponer con libertad, con independencia, son los hombres que se necesitan para la guerra, las armas para la guerra, y de nuestra producción, los recursos de nuestra producción que son necesarios para ponerlos al servicio del abastecimiento y a la exportación de estos productos para convertirlos en divisas para la adquisición de material de guerra.

Sobre todas estas cosas es sobre las que hay que establecer la inteligencia y determinar los grados de independencia y federalismo que puedan vivirse actualmente en España, haciendo compatible la tendencia natural de España a organizarse libre y federalmente, con las necesidades imperiosas de la guerra. Ahora, ¿quién es posible que crea en este equilibrio, si continuamos sin aceptar un plan, si continuamos sin aceptar un compromiso solemne, que pueda llevarse a la práctica, que pueda convertirse en realidad viva de nuestra existencia? Acerca de esta cuestión no estará por demás que hagamos un llamamiento, que dediquemos unas palabras a los trabajadores afiliados a la Unión General.

UN RECORDATORIO A LOS COMPAÑEROS DE LA U. G. T.

No son palabras dirigidas en son de diatriba. Yo quiero hacer un pequeño recordatorio a los trabajadores y a los compañeros de la Unión General. A ver si después, meditando profundamente lo que dice este recordatorio, se deciden a abrazarse con responsabilidad y eficacia a la C. N. T. para poder ser la garantía de que se va a encontrar el equilibrio de acción de las fuerzas revolucionarias de España.

Supongo que no habrá en España ningún trabajador de la U. G. T., que sea consciente, que no tenga en cuenta cómo los impulsos que los trabajadores de la U. G. T. dieron a los partidos republicanos, a los partidos de clase, en los primeros años de la República, fueron prácticamente funestos para la Revolución española. Podríamos traer aquí un montón de escritos y de discursos en los que se aprecia rotundamente el convencimiento de los trabajadores de la U. G. T. de que todos los esfuerzos que prestaron a la política de convivencia con la República democrática, con el capitalismo, con la burguesía, que todos esos esfuerzos redundaron prácticamente en beneficio de la clase reaccionaria de España. La historia de esa defección, porque yo he de calificarla de defección, está escrita en todos los esfuerzos realizados por esta parte del proletariado que culminaron en las elecciones del 19 de noviembre. Las elecciones del 19 de noviembre, que eran la culminación de un esfuerzo de la reacción, del fascismo, para abrirse paso para establecer el fascismo, esa fecha no solamente indicó el fracaso de esa política, sino que abría una nueva etapa en la que iba a demostrarse que la eficacia de la lucha contra el fascismo en España, residía en otros procedimientos.

Y fué gracias a este convencimiento de la clase trabajadora, de toda la clase trabajadora española, incluyendo en ella a la U. G. T., cómo se abrió paso al movimiento revolucionario de octubre, cuyo movimiento revolucionario fué el primer paso decisivo para esta Revolución que estamos actualmente viviendo. La revolución de octubre significaba la muerte de una colaboración con la burguesía y la política, de una política de convivencia con la República democrática. La revolución de octubre abrió todas las perspectivas de unificación de la clase trabajadora, porque únicamente a base de que la clase trabajadora se uniera en España, podíamos esperar, no sólo el triunfo de la clase trabajadora, sino el aplastamiento definitivo del fascismo. Pasaron los hechos de la revolución de octubre, vinieron nuevos esfuerzos dirigidos desde el ángulo de la democracia burguesa para ir rompiendo aquella unidad de la clase trabajadora que tan magníficamente está plasmada en la revolución de octubre.

LAS ENSEÑANZAS QUE HA PRACTICADO LA C. N. T.

Y la C. N. T., que ha respondido siempre a las realidades de España, a las realidades de la Revolución española, que ha sabido interpretar el anhelo popular y de la clase trabajadora española en todos los momentos, dedujo de la revolución de octubre unas enseñanzas que se decidió llevarlas a la práctica sin propósitos de segunda intención. Y tal fué la justeza de los actos de la C. N. T. después del movimiento revolucionario de octubre, que lo primero que hizo fué, para dar ejemplo al resto de la clase trabajadora, para que se uniera, liquidar aquello que era un problema interno dentro de ella, estableciendo una unidad en la Confederación, y surgió magnífica su unidad, pese al carácter que habían tenido las polémicas entre las dos fuerzas de la Confederación que ha-

bian determinado ese problema interior; pero es que la Confederación interpretaba la realidad revolucionaria de España y partía de la conclusión de que no podía convertirse en magnífica esa realidad si no se construía la unidad de todos los trabajadores; y, dando el ejemplo en ella misma, fué al Congreso extraordinario de Zaragoza, a escribir la página más brillante y trascendental que se ha escrito en la historia del movimiento obrero de España. En aquel Congreso, la máxima expresión de la voluntad de los trabajadores, la Confederación afirmó, el 1.º de mayo de 1936, aquel deseo de unirse a la U. G. T. para llevar a la práctica una acción revolucionaria que diera al traste con el fascismo, y fuera el triunfo pleno de la clase trabajadora. A partir de ese Congreso, la reacción se puso a temblar; pero no se puso a temblar sólo la reacción; los que han competido con la clase trabajadora desde el ángulo de la política democrática para apropiarse la hegemonía de la Revolución, también se echaron a temblar después del Congreso extraordinario de Zaragoza.

ESTAMOS EN ESPERA DE LA CONTESTACION A UNA PROPUESTA

Cuando apareció espontáneamente y magnífica la unión de la clase trabajadora, se organizaron toda clase de maniobras para impedir la unión de la C. N. T. y la U. G. T. Hay una propuesta concreta del Congreso, que no ha sido contestada aún por los que tienen la máxima responsabilidad en la U. G. T. Y me permito hacerles esta observación:

¿Cómo es posible que esté sin contestación una propuesta fundamental para los intereses de la Revolución española? ¿Cómo es posible que esté sin contestación esta pregunta, por parte de los organismos responsables, cuando todos los afiliados de la U. G. T. han contestado prácticamente a la proposición de la C. N. T., uniéndose en todos los pueblos de España para derrotar al fascismo y establecer nuevas bases sociales?

Esto tiene más importancia que todos los discursos que puedan hacerse dirigidos a ensalzar la unidad. Nosotros estamos convencidos de la necesidad de la unidad, hasta la saciedad.

Nosotros no solamente estamos convencidos de la necesidad de la unidad, sino que hemos trabajado para construirla. Ahí están nuestros actos. Ahí están nuestras deliberaciones. Ahí está nuestra voluntad firme de ir inmediatamente a esa unidad. ¡Ah! pero, camaradas de la U. G. T., es preciso acordarse de los hechos más recientes de nuestra historia. ¿Es que vosotros vais a permitir, vais a tolerar, vais a hacer posible que una falta de inteligencia entre las dos centrales sindicales acerca de los problemas concretos y fundamentales de la Revolución, puedan malbaratar este esfuerzo de la clase trabajadora para afianzar la Revolución, para que mañana, cuando las fuerzas antifascistas triunfen en los frentes, cuando se liquide este turbio proceso internacional que gira alrededor de nuestra guerra, es que vais a ser nuevamente vosotros un soporte de la política conservadora de la burguesía que tiene el propósito de afianzarse en la República democrática? ¿O es que los vais a apoyar con esta indiferencia a la realidad de España? ¿Es que vais a proyectar una lucha futura entre los trabajadores de una Central y otra? ¿Es que en España se dan las características de la Revolución rusa? ¿Las características de la Revolución española y las fuerzas que ayudan en su estructuración, no acusan el potencial revolucionario es-

pañol? ¿Es que queréis enfrentaros con esa realidad que representamos nosotros? Pues si a tal extremo llegara el desequilibrio de quienes inspiran la acción que tiende a dilatar la inteligencia de la C. N. T. y la U. G. T., si a tal extremo llegara la situación en España, que no fuera posible reconocer por todos la necesidad de unirnos, no se haría más que gestar una lucha intestina entre la clase trabajadora, que rebrotaría cuando desapareciera el peligro del fascismo en España. ¿Es que interesa mantener una lucha cuerpo a cuerpo entre los trabajadores españoles?

He de deciros que si no se establece una acción común entre los trabajadores disciplinados de la U. G. T. y la C. N. T., si no se establace este plan, yo he de afirmaros que seréis los responsables de lo que pueda ocurrir, cuando venzamos al fascismo, entre la clase trabajadora española.

Con estos antecedentes, recordando estos episodios recientes de la Revolución española y la necesidad de que los trabajadores se unifiquen en una inteligencia revolucionaria, estos episodios aconsejan a todos que sea contestada inmediatamente la propuesta de unificación de la C. N. T. hecha en el Congreso de Zaragoza y que ya ha habido tiempo suficiente para meditarla al calor y la luz de los acontecimientos actuales. (Aplausos.)

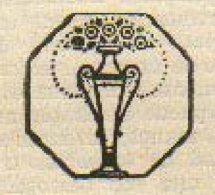
En cuanto la C. N. T. reciba una contestación concreta en el compromiso directo de los organismos nacionales responsables; en cuanto la C. N. T. reciba esta contestación, puede estar seguro el proletariado español y todo el proletariado del Mundo, de que la base federalista de la nueva España que ha de crecer al calor de esta guerra y de esta Revolución, será definitivamente consolidada; entonces, como la seguridad del triunfo no nos la puede arrebatar nadie, como la seguridad de la victoria está en nuestras manos, entonces nosotros respetaremos juntos el criterio y la voluntad de todos los trabajadores para que, una vez consolidado el triunfo, una vez derrotado el fascismo, constituyamos una España nueva, con arreglo a la voluntad concreta y categórica de todos los trabajadores españoles. (Aplausos).

DEJEMOS LA ORGANIZACION DE ESPAÑA PARA EL DIA SIGUIENTE DEL TRIUNFO

Vamos a dejar para el mañana, para el día siguiente de la victoria, cómo va a organizarse España. Desde luego ha de afirmarse rotundamente que todos los esfuerzos proyectados hoy en la retaguardia tienden a crear una España libre, una España de pueblos libres y unidos entre sí; que la contextura moral y económica de España ha de responder a ese principio fundamental del federalismo; pero con el afán de que todo eso sea posible, nosotros hemos de afirmar que esa concepción definitiva o ese organismo definitivo que ha de ser España al final de la guerra, nosotros no lo llevaremos hoy a la práctica; lo que sí llevaremos hoy a la práctica es la inteligencia debidamente articulada entre las dos Organizaciones sindicales, para asegurar que el control de la producción, el control de la Economía española, la vida económica de España, ha de estar en poder de los Sindicatos y no del Estado; ha de estar en poder de la clase trabajadora, en poder de la clase trabajadora organizada, que ha demostrado tener capacidad suficiente para

substituir una organización estatal, que no podía crearse porque no existía, que no podía crearse, dada la fuerza que tiene la C. N. T.

La libertad de España, de los trabajadores españoles, queda sujeta a esa condición fundamental. Quienes han de controlar, dirigir, administrar y organizar la Economía española, han de ser los trabajadores a través de sus respectivos Sindicatos, a través de la estructuración de todos los ramos de la producción de España, y, estando en manos de la clase trabajadora la Economía, entonces el federalismo florecerá en cada pueblo con arreglo a la voluntad y al carácter de cada región respectiva. He terminado.



Precio: 15 Cts.